

Querido lector:

En un rinconcito de Inglaterra había una aldea sobre la que pesaba una maldición. Ahora, la mayoría de los lugares preferiría ignorar el hecho de estar maldito, pero no Kempton. Su maldición los hacía únicos, y se aferraban a ella con determinación.

¿Quién iba a debatir una maldición que dejaba a todas las jóvenes nacidas en la aldea solteras para el resto de sus días? Y pobre del hombre que se atreviera a casarse con alguna de las damas de Kempton. El último valiente, un tal John Stakes, tentó a las divinidades y se casó con Agnes Perts. Un hombre con ese apellido, Estaca, jamás debería haber dejado esa puerta abierta al destino, ni debería haber dejado un atizador en la cámara nupcial.

Pienso yo.

Como nadie estaba seguro de cómo había ocurrido la maldición ni de cómo resolverla, la señorita Theodosia Walding había dejado caer una vez en la reunión semanal de la Sociedad para la Templanza y la Mejora de Kempton que había estado investigando el asunto con la esperanza de liberar a la aldea de esa plaga, y se había encontrado con que a todos les parecía que sus investigaciones eran horribles y despreciables.

Nunca jamás volvió a hacer una declaración tan impertinente y ridícula.

Pero ésta no es su historia. Ni siquiera es la historia de la extraordinaria dama que se cree que ha roto la maldición, la señorita Tabitha

Timmons, la famosa solterona de Kempton que heredó una fortuna de un tío caprichoso (¿no se heredan así todas las fortunas?), se fue a Londres y se comprometió con un duque.

Sí, con un duque.

Sin embargo, dado que Tabitha y su escandaloso noble todavía no están casados, y el duque aún no ha aparecido con un objeto afilado clavado en el pecho ni flotando boca abajo en un estanque, nadie puede decir que la maldición de Kempton se haya roto definitivamente.

No obstante, una intrépida dama de Kempton, la señorita Daphne Dale, está a punto de realizar su propio intento para ensartar a un marido perfectamente sensato.

Sin ánimo de hacer ningún juego de palabras.

La autora

Prólogo

Caballero sensato con medios busca dama sensata de buena cuna para iniciar correspondencia y, si se da el caso, contraer matrimonio.

Anuncio publicado en el *Morning Chronicle*

Anteriormente, en la temporada social de 1810

No! ¡No! ¡No! —exclamó lord Henry Seldon cuando su mayordomo le llevó al desayuno la segunda cesta llena de cartas—. ¡No quiero ni una más de esas malditas cartas! ¡Quémalas, Benley! ¡Llévatelas fuera de mi vista!

Su hermana gemela, lady Juniper, la antigua lady Henrietta Seldon, levantó la vista de su té e hizo un esfuerzo por reprimir la risa mientras el pobre Benley se quedaba allí de pie, titubeando en la puerta con una enorme cesta de mimbre desbordada de correspondencia.

—Déjala junto a las otras e ignora a su señoría, Benley. Está de mal humor esta mañana.

¿De mal humor? Henry habría dicho que estaba furioso. En lugar de eso, descargó su ira contra el verdadero objeto de su enfado.

—Te voy a matar por esto, Preston.

Preston, que era el sobrino de Henry y de Henrietta, al igual que el duque de Preston y el cabeza de familia, se parapetó tras el periódico al otro lado de la mesa y fingió inocencia.

Como si fuera inocente de algo.

Para nada. De hecho, era una desgracia para Henry. No sólo las acciones disolutas de Preston (había deshonrado ni más ni menos que a cinco jóvenes damas en las últimas semanas) habían conseguido que no recibieran al duque en ninguna parte, sino que ahora esa mancha se había extendido a Henry y a Hen, porque de repente se habían encontrado en la lista de los «raramente recibidos».

Culpables por asociación, eso eran.

—No puedes matar a Preston —dijo Hen. Se limpió los labios con la servilleta y la dejó junto a su plato del desayuno—. Eres su heredero. Sería de mala educación.

—Sí, de muy mala educación, tío —dijo Preston por encima de su periódico.

Sólo llamaba a Henry «tío» cuando quería irritarlo todavía más. Únicamente había seis meses de diferencia entre la edad de los tres, ya que el abuelo de Preston había engendrado a los gemelos a una edad indecentemente avanzada.

Haciendo que Henry fuera el tío de uno de los libertinos más famosos de Londres.

Si Preston quería jugar a ser el sobrino formal, entonces Henry lo obligaría a mirar atrás y a morder el anzuelo.

—Mala educación es lo que ese amigo idiota que tienes, Roxley, y tú, demostrasteis al publicar ese anuncio ridículo en el *Morning Chronicle*.

Ese anuncio tan pequeño, una broma de borrachos, había obtenido una avalancha de respuestas.

A Henry lo estaban enterrando las toneladas de cartas de damas que buscaban marido.

—Deberías darme las gracias —señaló Preston—. Ahora puedes elegir entre ellas sin tener que poner un pie en Almack's.

—¿Darte las gracias? Yo no quiero casarme —afirmó Henry—. Eso te corresponde a ti. ¿Por qué no te casas tú con una de esas gatitas?

Preston levantó la mirada. Había un extraño brillo en sus ojos.

—A lo mejor yo ya he encontrado a mi propia gatita.

—Oh, será una broma —balbuceó Henry—. ¿Nos estás diciendo que pretendes casarte con esa hija de vicario con la que has estado flirteando?

Antes de que Preston pudiera responder, Hen intervino:

—Deberías estar agradecido, Henry, porque Preston no haya puesto esa broma desafortunada en el *Times*. —Sus labios se curvaron en una sonrisa, tomó un sorbo de té y se reclinó en su asiento—. Personalmente, creo que el anuncio de Preston es aburrido.

—¿Aburrido? —se quejó Preston. Cerró el periódico de golpe y miró a su tía—. Yo nunca soy aburrido.

—Entonces, tedioso —se corrigió ella—. No puedo imaginarme a nadie respondiendo a tal tontería, y mucho menos a alguien que quiera casarse con alguien que se describe a sí mismo como «sensato». —Miró a Benley, que estaba dejando la cesta llena de cartas junto a la otra que había llegado antes—. ¿Cuántos corazones solitarios hay en Londres?

—Éstas hacen doscientas, milady —dijo Benley, mirando con cautela la colección de la que emanaba un aroma a rosas y violetas—. Milord —dijo, dirigiéndose a lord Henry—, el lacayo de lady Taft quiere saber cómo va a pagar la factura pendiente del correo. Su señoría está bastante incómoda por tener que pagar tal cantidad de estas... Por lo que parece, el periódico ha llegado a los condados periféricos.

Hen abrió mucho los ojos.

—¿Las cartas están llegando a tu casa?

—Sí, así es —le dijo Henry.

—No estaba tan borracho como para usar esta dirección —intervino Preston—. ¿Podéis imaginaros el ruido y las interrupciones?

Se encogió de hombros y volvió a su periódico.

—De eso precisamente se queja lady Taft —dijo Henry—. Cuando alquilé mi casa para la temporada de eventos le prometí que era la más tranquila.

La casa en cuestión, situada en la respetable y antes sosegada Cumberland Place, era una gran residencia que Henry había hereda-

do de su madre y en la que nunca había vivido. Hen, cuando no estaba casada, Preston y él vivían cómodamente en la residencia oficial londinense de los Seldon de Harley Street, junto a Cavendish Square. Teniendo esa localización tan buena y todos los lujos de una residencia ducal, Henry no veía razón para mudarse a su propia casa.

Además, recaudaba una cantidad indecente de dinero por alquilar su casa, bien situada en Mayfair... aunque ahora dudaba que pudiera hacerlo. Volvió a mirar a su sobrino, pero Preston estaba demasiado ocupado estudiando el periódico como para darse cuenta.

Probablemente estuviera buscando más cotilleos sobre él mismo, cómo no.

¿Quién podía culpar a lady Taft por amenazar con irse de la propiedad, con la campanilla sonando constantemente porque esas malditas cartas no paraban de llegar?

Todas dirigidas a «Un caballero sensato».

Pues en ese momento no se sentía nada sensato.

Henry apartó su silla de la mesa y se levantó. Cruzó la habitación con unas cuantas zancadas, cogió la primera cesta y se dirigió a la chimenea.

—¡Cielo santo! —exclamó Hen, levantándose de un salto—. ¿Qué estás haciendo?

Incluso Preston apartó el periódico y miró.

—¿A ti qué te parece? —respondió Henry, que se había quedado parado delante del fuego—. Voy a quemarlas todas.

Hen, que parecía una mancha negra con su ropa de luto, atravesó la estancia a toda velocidad y le arrebató la cesta.

—No puedes hacer eso.

Él intentó recuperarla, pero se trataba de Hen, posiblemente la Seldon más terca que había existido nunca. Se giró para que Henry no pudiera coger la cesta y lo fulminó con la mirada.

—Las damas que han escrito estas cartas lo han hecho con sumo cuidado. Esperan respuesta. No puedes quemarlas sólo para quedarte tranquilo —afirmó, y bajó la vista hacia la cesta llena de notas—. Debes contestarlas. A todas.

Henry, que estaba demasiado ocupando albergando esperanzas de que el abrumador perfume floral procedente de las cartas agobiara a su hermana, apenas prestó atención a lo que ella le decía. Sólo esperaba que, cuando Hen estuviera desmayada en el suelo, tuviera tiempo suficiente para arrojarlas al fuego antes de que ella recuperara el conocimiento.

Pero ni siquiera la feliz imagen de los molestos restos de la broma de Preston ardiendo sobre el carbón consiguió eclipsar por completo lo que Hen decía.

Lo que quería que hiciera: contestarlas.

Henry se quedó inmóvil. ¿Contestarlas? ¿A todas?

Una idea que a Preston le pareció muy divertida.

—Sí, Henry, estoy de acuerdo —afirmó el duque—. No querrás decepcionar a tantas damas. Eso no sería nada sensato.

Henry ignoró a Preston y se enfrentó a su hermana.

—¿De verdad esperas que conteste a todas esas mujeres?

—¡Por supuesto! Cada una de estas pobres almas está esperando respuesta. Probablemente estarán comprobando el correo en este preciso instante.

Él resopló al imaginarse a las solteras con mal de amores de todo Londres, y, por lo que veía en los remites, de buena parte de Inglaterra, sentadas ante sus puertas principales esperando que el amor verdadero llegara en un trozo de papel sellado.

—Es ridículo.

—No lo es —replicó Hen.

Utilizó ese tono que Henry sabía que significaba que no toleraría que le llevaran la contraria. Llevó la cesta a la mesa, comenzó a clasificar las solicitudes femeninas y continuó:

—¿Recuerdas cómo me encontraba yo cuando lord Michaels me estaba cortejando y lo desconsolada que me quedé cuando no tuve noticias suyas en dos días?

Henry y Preston gruñeron al oír el nombre de aquel sinvergüenza.

Michaels había sido el segundo marido de Hen. Hasta el momento, había tenido tres; el último, lord Juniper, había fallecido repentinamente hacía casi seis meses. De ahí el luto y su arranque sentimental.

—No tenía ni idea de si me amaba o no —declaró ella, y se llevó unas cuantas cartas al pecho, como para recalcar sus palabras.

Hasta que los aromas florales que emanaban de las cartas la hicieron estornudar y tuvo que volver a meter las misivas en la cesta.

—Eso no te impidió casarte con él cuando se dignó a aparecer —murmuró Henry.

Él nunca había aprobado a lord Michaels. Era sólo un barón, y ni siquiera eso.

Hen se sorbió la nariz.

—Sea como sea, esos dos días, cuando no sabía lo que él estaba pensando, fueron los dos días peores y más largos de mi vida.

—¿De verdad, Hen? ¿No estás exagerando un poco? ¿Los peores dos días de tu vida?

Henry negó con la cabeza y lanzó una mirada de odio a la cesta de cartas, que estaba haciendo que aquella fuera la peor semana de su vida.

—Tienes que contestarlas —repitió ella, meneando un dedo delante de su hermano—, aunque sólo sea para decirles a estas damas que las han engañado, al igual que a ti, y que sientes mucho la aflicción que les hayas podido causar.

—Que sea Preston quien se disculpe —le dijo Henry, y señaló al verdadero culpable de todo aquello—. Él puso el anuncio.

—Sí, bueno, sabes que nunca lo hará —dijo Hen, e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No lo habría puesto si no hubieras sido tan pedestre aquella noche —se quejó Preston—. No hacías más que decir que había arruinado el buen nombre de la familia. —Recogió el periódico—. Os recuerdo a los dos que somos Seldons. Nunca hemos tenido buen nombre.

—Exacto —dijo Henry, a quien se le acababa de ocurrir otra idea—. Cuando esas damas descubran quién les ha escrito y que un Seldon las ha maltratado, ¿no crees, Hen, que eso mancillará todavía más el apellido familiar? Puede que incluso te expulsen de Almack's.

Preston y él la miraron expectantes. Porque, mientras que Pres-

ton era el cabeza de familia, ninguno de ellos se atrevía a contradecir a Hen. No si sabían lo que les convenía.

Y casi funcionó.

Casi.

—No es necesario que firmes con tu nombre real —señaló ella—. Firma como... —Se dio unos golpecitos con los dedos en los labios y sonrió—. ¡Ya sé! Firma como «señor Dishforth».

—¡Dishforth! —exclamó Henry sorprendido, porque hacía tiempo que no se pronunciaba aquel nombre en esa casa.

—¡Dishforth! ¡Por supuesto! No sé por qué no se me ocurrió a mí, Hen —dijo Preston, asintiendo con aprobación.

Por supuesto que lo aprobaba. Dishforth, la invención de Henry de cuando eran niños, había sido el héroe de Preston. Si algo se rompía o desaparecía la tarta de manzana y quedaba sólo un plato con migajas, culpaban siempre al taimado señor Dishforth, para fastidio de las niñeras y tutores.

Dishforth había causado un gran número de tragedias. Y parecía que ahora podía imputársele esa última.

—Eso no significa que te vayas a librar, Preston —le dijo Henry—. Vas a contestar todas esas cartas.

—¿De verdad confías en que lo haga? —preguntó Preston, subiendo y bajando las cejas y guiñándole un ojo a Hen.

—Preston no tendrá tiempo, Henry. Tendrás que hacerlo tú —le aconsejó Hen a su hermano. Y a su sobrino.

—¿No lo tendrá?

—¿No lo tendré?

—No —afirmó ella—. No entiendo por qué te quejas, Henry. Sé muy bien que le encargarás la tarea a tu secretario y te olvidarás del asunto.

Henry tuvo el buen juicio de parecer avergonzado, a pesar de que eso era lo que había planeado desde el instante en que ella sugirió que respondiera a las cartas.

Eso no significaba que Preston fuera a escapar de su furia. Hen miró al duque a los ojos y dijo:

—No tendrás que ver nada más con esto, porque vas a estar ocupado buscando esposa. Una dama respetable que saque tu reputación, y la nuestra, de la alcantarilla.

—¡Santo Dios, Hen! Eso otra vez no —gimió Preston—. ¿Y si te dijera que ya he encontrado ese dechado de virtudes? La dama perfecta para ser mi duquesa.

—No te creería —replicó Hen, y cruzó los brazos sobre el pecho.

Por encima del hombro de su hermana, Henry le sonrió a Preston, satisfecho al ver cómo se habían cambiado las tornas para el malicioso duque. Aunque sólo fuera una vez.

Pero Henry no fue el último en reír.

Mientras Hen sacaba a Preston a rastras del desayunador, el duque se giró y señaló con un dedo a su tío.

—Será mejor que respondas rápidamente a esas cartas. Es bien sabido que a lady Taft le gusta cotillear. Sería una terrible vergüenza si se extendiera por la ciudad que has puesto un anuncio para buscar esposa.

Movió las cejas arriba y abajo justo antes de que Hen lo guiara hacia el destino que tenía reservado para él, fuera el que fuera.

Durante unos instantes, Henry miró a su sobrino sintiendo una punzada de culpabilidad, ¿qué soltero no lo haría al ver que un camarada iba a desaparecer? Sin embargo, no le duró mucho la compasión. No cuando cayó en la cuenta de que a Preston le resultaría muy divertido difundir aquello por todo Londres, aunque fuera a través de lady Taft.

¡Maldito fuera! Haría exactamente eso. Probablemente haría que el irreflexivo de Roxley contara por ahí lo que habían hecho y entonces él, Henry, sería el hazmerreír de Londres.

No había pensado en ese horror.

Sintiendo un ataque de rabia por la amenaza de que esa humillación fuera de dominio público, se dio cuenta de que tenía que cortar la raíz.

Y rápido.

Cuando fue a recoger la primera cesta, vio que una carta se había caído al suelo. El sello de cera se había roto y el papel estaba abierto.

La vívida caligrafía femenina le llamó la atención, una escritura audaz que llenaba las páginas.

Estimado señor Sensato:

Si su anuncio no es más que una broma, permítame asegurarle que no es nada divertido...

A pesar de su mal humor, Henry se rió. Aquella descarada impertinente tenía toda la razón. No había absolutamente nada gracioso en aquella situación. Al volver a mirar la carta, vio que la mayor parte de la primera página era un sermón censorador sobre la ambigüedad moral de jugar con el corazón de las mujeres.

Una redacción que escaldaría incluso la gruesa piel de Preston.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, Henry se sentó a la mesa, ensimismado en las palabras sinceras de la dama. Se sirvió una taza de café, aunque a Hen y a Preston les encantaba el té, él prefería el café, y Benley siempre se aseguraba de que tuviera una cafetera a mano, apoyó los pies en la silla de Hen y leyó toda la carta. Dos veces.

Y en ambas ocasiones se rió. Santo Dios, qué mujer tan descarada. Dejó la carta sobre la mesa, pero su mirada volvió una y otra vez a las últimas líneas.

Sin embargo, si realmente desea encontrar una mujer sensata, entonces quizá...

Se detuvo y miró esa palabra. *Quizá.*

No, no podía, pensó, y negó con la cabeza. Pero entonces miró de nuevo la carta y, contra toda su sensatez, porque Preston había tenido razón en una cosa: era sensato en demasía, llamó a Benley para que le llevara una pluma y papel para escribir.

Capítulo 1

Señorita Spooner:

Le seré franco. Su respuesta al anuncio del periódico demuestra lo poco que sabe de los hombres. No me sorprende que aún no se haya casado. O es usted una bruja horrenda o la descarada más divertida del mundo. Supongo que sólo el tiempo y la correspondencia conseguirán aplacar mi curiosidad.

Una carta del señor Dishforth a la señorita Spooner

Londres, seis semanas después

Daphne, pareces sonrojada. ¿No te estará subiendo la fiebre? ¡No puede ser, no aquí, en el baile de compromiso de la señorita Timmons! —declaró lady Essex Marshom. Se giró hacia la acompañante que acababa de contratar, la señorita Manx, y le preguntó—: ¿Dónde está mi cajita de sales aromáticas?

Mientras la atormentada joven rebuscaba en un bolso del tamaño de una maleta para encontrar uno de los muchos objetos que lady Essex insistía en que llevara a mano en todo momento, Daphne hizo todo lo posible por tranquilizar a la anciana solterona.

—Me encuentro bien, lady Essex —afirmó, y le lanzó una mirada de horror a su mejor amiga, la señorita Tabitha Timmons.

La última vez que lady Essex había usado su famosa cajita de sales, Daphne no había podido oler nada en una semana.

—Estás un poco sonrojada —se mostró de acuerdo Tabitha, con un brillo travieso en sus ojos castaños.

Daphne reprimió la respuesta que acudió a su mente, porque desde que Tabitha se había comprometido con el duque de Preston, se había vuelto tan insolente como una verdulera, dejando a un lado su carácter sensato de antes.

Eso era lo que ocurría por casarse con un Seldon.

Daphne intentó no estremecerse de la cabeza a los pies, porque estaba en pleno corazón del territorio Seldon: su residencia londinense en Harley Street, donde se celebraba el baile de compromiso de Tabitha y Preston. Demasiado para ella, una Dale.

Sin embargo, envidiaba la felicidad de Tabitha: no se podía discutir que Preston la hacía brillar de dicha. Y el compromiso las había llevado a todas de vuelta a Londres, donde ella tenía depositadas todas sus esperanzas.

Que recaían en cierto caballero. Y esa noche, tenía expectativas de... de... Miró a su querida amiga y rezó en silencio para que, cuando encontrara el verdadero amor, fuera tan feliz como Tabitha.

¿Y cómo podría no serlo, si el señor Dishforth estaba en aquella estancia, en alguna parte?

Sí, el señor Dishforth. Ella, Daphne Dale, la dama más sensata de Kempton, mantenía una tórrida correspondencia con un completo desconocido.

Y esa noche lo conocería.

Oh, se habría enfrentado a un regimiento entero de Seldons aquella noche sólo para asistir a ese baile. Para encontrar a su querido señor Dishforth.

—¿Quién está un poco sonrojada? —preguntó la señorita Harriet Hathaway, que acababa de regresar de la zona de baile completamente ruborizada.

Mientras tanto, lady Essex se estaba impacientando.

—Señorita Manx, ¿cuántas veces tengo que recordarle lo imprescindible que es tener a mano la cajita de las sales?

Harriet se encogió y preguntó en voz baja:

—¿Quién es la víctima?

Tabitha señaló a Daphne, quien articuló una sola palabra.

Sálvame.

Y como era una buena amiga, Harriet lo hizo.

—Es por el vestido de Daphne, lady Essex. El satén rojo la hace parecer sonrojada. Le favorece bastante, ¿no os parece?

Bendita fuera Harriet por intentarlo.

—Y yo digo que está arrebatada —insistió lady Essex, a quien le encantaba aprovechar cualquier oportunidad para usar sus sales.

Le quitó el bolso a la señorita Manx de las manos y empezó a rebuscar ella misma.

—No te vas a desmayar, Daphne Dale —insistió—. Es imposible mantener el decoro cuando una está tirada en el suelo.

Tabitha se encogió de hombros. Eso no podía discutírselo.

Pero Harriet era la intrépida y se negaba a rendirse.

—Siempre me ha parecido, lady Essex, que darse una vuelta por la estancia es un método mucho mejor para recuperar la vitalidad. —Hizo una pausa y les guiñó un ojo a Daphne y a Tabitha, mientras la dama seguía concentrada en su búsqueda—. Además, juraría que mientras estaba bailando con lord Fieldgate, he visto a lady Jersey al otro lado de la sala.

—¿Lady Jersey, dices?

Lady Essex levantó la mirada, inmediatamente distraída.

Mejor aún, olvidó que probablemente debería estar regañando a Harriet por haber bailado con aquel pícaro vizconde.

—Sí, estoy bastante segura. —Harriet enlazó un brazo con el de la anciana, le pasó el odiado bolso a la señorita Manx y guió a lady Essex entre la multitud—. ¿No decíais antes que si pudierais hablar con ella, conseguiríais nuestras invitaciones para la próxima temporada?

Así fue como las odiadas sales cayeron en el olvido, al igual que el sonrojado semblante de Daphne.

Tabitha y Daphne siguieron a Harriet y a lady Essex a una distancia prudente, para que no las oyeran.

—Estás corriendo un gran riesgo —le susurró Tabitha a Daphne—. Si lady Essex se entera...

—¡Shhh! —Daphne se llevó un dedo a los labios—. Ni siquiera lo menciones. Ella lo oye todo.

Era un milagro que la anciana no hubiera descubierto el secreto más oscuro de Daphne: que había respondido a un anuncio en el periódico de un caballero que buscaba esposa.

Y el caballero le había contestado. Y después ella había vuelto a responder. Llevaban intercambiando cartas un mes de manera anónima y misteriosa, y si alguien lo descubría sería completamente inaceptable y le causaría la ruina.

Desde luego, si lady Essex se enteraba de que estaba intercambiando esa correspondencia escandalosa delante de sus narices, las únicas notas que Daphne escribiría serían los mensajes de condolencia por el ataque fatal de corazón de lady Essex.

—¿Crees que ha llegado ya? —preguntó Tabitha, paseando la mirada por el salón.

Daphne sacudió la cabeza, observando también a la multitud de invitados.

—No lo sé. Pero estará aquí, de eso estoy segura.

Su señor Dishforth. Daphne sintió que un rubor delator le subía a las mejillas. Al principio sus cartas había sido vacilantes y escépticas, pero ahora la correspondencia, que consistía en un frenesí diario de cartas y notas, se había vuelto muy íntima.

Escribiría más, pero tengo obligaciones esta tarde en una fiesta de compromiso. ¿Puedo atreverme a tener esperanzas de que mis planes se crucen con los suyos?

Daphne se llevó los dedos a los labios. Una fiesta de compromiso. Eso sólo podía significar que él estaba allí. En el baile de Tabitha y de Preston. Su señor Dishforth.

Vístase de rojo si sus planes la llevan a esa celebración, y yo la encontraré.

Así que se había puesto su vestido nuevo de satén rojo y había aparecido sin aliento y expectante ante la perspectiva de descubrir por fin la misteriosa identidad del señor Dishforth.

Y eso también haría que Tabitha y Harriet dejaran de preocuparse. Cuando descubrieron lo que había hecho o, mejor dicho, lo que estaba haciendo, se habían quedado estupefactas.

—¡Daphne! ¿Cómo has podido? ¿Un anuncio? ¿En el periódico? —había exclamado Tabitha, claramente desconcertada—. No tienes ni idea de quién puede ser ese Dishforth.

Harriet había sido más explícita.

—Ese sinvergüenza puede ser como ese hombre horrible de Reading del año pasado, que puso un anuncio buscando esposa cuando yo tenía una en Leeds. ¡Podría ser el mismo!

Daphne se había encogido, porque su prima Philomena, que había estado interceptando las cartas que enviaba el señor Dishforth para dárselas a ella, había esgrimido el mismo argumento. Dos veces.

—No se lo vais a contar a lady Essex, ¿verdad? —les había rogado a sus amigas.

Lady Essex no se tomaba a la ligera su papel de carabina en Londres. Si se enteraba de esa correspondencia ilícita, dadas las ideas estrictas de la anciana sobre los hombres adecuados y el cortejo correcto, Daphne perdería todas las posibilidades de descubrir la identidad del señor Dishforth.

Para siempre.

Sin embargo, afortunadamente sus amigas, que eran más bien como sus hermanas, habían accedido a guardarle el secreto siempre que les permitiera decir la última palabra sobre la idoneidad del señor Dishforth antes de que ella hiciera algo imprudente.

Como si ella, una Dale correcta y respetable, de los Dale de Kempton, pudiera hacer algo semejante.

Aun así, Daphne se estremeció ligeramente al recordar las últimas líneas de la última carta de Dishforth. Las que no había leído en voz alta para sus amigas.

Seré el caballero más insensato de la estancia. Insensato por el deseo que siento por usted.

Sonriendo, volvió a pasear la mirada por el salón, deseando encontrar la manera de distinguir al hombre que buscaba entre la multitud de atractivos lores y caballeros que conformaban la lista de invitados distinguidos.

—Daphne, no mires ahora, pero enfrente hay alguien que te observa con mucha atención —susurró Tabitha.

Y así era. Daphne intentó ser sutil mientras levantaba la mirada, consciente de que cualquier caballero en la estancia podía ser él.

Pero negó con la cabeza de inmediato.

—¡Oh, cielos, no!

—¿Por qué no? —preguntó Tabitha.

—Mira el corte de esa chaqueta. No es estilo Weston —dijo Daphne. No, mejor dicho, se quejó. Porque si alguna de las tres conocía bien la moda, ésa era ella—. Mi señor Dishforth, porque era su Dishforth, nunca usaría tanto encaje. Y mira ese pañuelo de cuello tan recargado. —Se estremeció—. Con tantas arrugas, parece que lo haya anudado un estibador.

Tabitha se rió, acostumbrada a las opiniones sagaces y sarcásticas de Daphne sobre moda.

—No, no, tienes razón —se mostró de acuerdo mientras el hombre pasaba a su lado, lanzándole una mirada apreciativa y descarada al escote.

Tampoco era que no esperaran esa mirada. El vestido era un poco escandaloso y Daphne lo había encargado en un momento de pasión, preguntándose qué pensaría Dishforth de ella, vestida de manera tan elegante y atrevida.

Lady Essex se detuvo para charlar con una vieja amiga y Harriet retrocedió hacia ellas.

—Ahora, rápido, ¿a quién tienes en la lista, Daphne? Busquemos a tu Dishforth.

Daphne sacó la lista de su bolso. Desde que se había enterado de

que el señor Dishforth iba a asistir al baile de compromiso, el trío había peinado la lista de invitados en busca de posibles sospechosos.

—Lord Burstow —leyó Tabitha por encima de su hombro.

Las tres miraron al hombre en cuestión y se dieron cuenta de que su información no había sido del todo correcta.

—¿Cómo nos hemos podido equivocar tanto? —susurró Harriet.

—Tiene más de ochenta años —dijo Tabitha haciendo un sonido reprobatorio.

—Y mirad cómo tiembla... No sería capaz de escribir una nota legible, y menos aún una carta —señaló Harriet.

Todas se mostraron de acuerdo, lo tacharon de la lista y volvieron a la investigación.

—Dinos otra vez qué sabes —le pidió Tabitha.

Daphne, con la ayuda de Harriet, había elaborado un abultado informe con todo lo que sabía sobre Dishforth. Una recopilación que habría podido competir con el mejor expediente escrito por el hermano de Harriet, Chaunce, que trabajaba en el Ministerio del Interior.

—Ante todo, es un caballero —dijo Daphne—. Fue a Eton... —un dato que él había mencionado de pasada—. Y por su caligrafía, vocabulario y redacción sé que es un hombre culto.

Eso se podía aplicar a la mayoría de los hombres que había en esa habitación.

Daphne continuó:

—Vive en Londres. Probablemente en Mayfair, dada la regularidad de sus envíos.

—O, al menos —añadió Harriet—, ha estado en Londres desde que se publicó el anuncio.

—Tampoco salió de la ciudad al terminar la temporada social —dijo Tabitha.

Daphne sospechaba que residía todo el año en Londres.

—Sus cartas las entrega un lacayo de uniforme.

—Qué tipo más listo —dijo Harriet—. Una librea sería de ayuda.

Oh, sí, el señor Dishforth era un astuto adversario difícil de rastrear. La dirección en la que él recibía las cartas había resultado ser

una casa alquilada muy bien situada en Cumberland Place, algo que el trío de amigas había descubierto mientras supuestamente paseaba por el parque.

—Es una pena que no hayamos podido conocer a lady Taft —murmuró Tabitha mientras paseaba la mirada por la habitación, refiriéndose a la actual ocupante de la casa.

Habían descubierto, con la ayuda del manoseado ejemplar de *Debrett's* de lady Essex, que su señoría tenía dos hijas y ningún hijo varón.

Una lástima, porque eso significaba que Dishforth vivía en otra parte. Al igual que ella, que estaba usando la dirección de su tía abuela Damaris para recibir las cartas y así evitar que lady Essex descubriera la verdad.

—Si esta noche no encontramos al señor Dishforth —dijo Harriet—, mañana llamaremos a la puerta de lady Taft y le preguntaremos a su mayordomo por qué su señoría hace de intermediaria del señor Dishforth.

—O quién puede ser su casero —sugirió Tabitha.

—¡No! —exclamó Daphne.

Secretamente albergaba la esperanza de que su primer encuentro se diera en un lugar mucho más romántico. E irrumpir en la entrada de la casa alquilada de lady Taft no encajaba en ese escenario.

Por supuesto, todo lo que Daphne sabía del hombre suponía que estaba siendo completamente sincero con ella. Que sus cartas no eran tan ficticias como su nombre.

Ella, desde luego, había sido honesta con él.

En la mayoría de las cosas. No en su nombre, claro. Porque había contestado como la señorita Spooner, el apellido de su primera institutriz. Le había parecido el seudónimo perfecto. ¿Acaso la verdadera señorita Spooner no se había fugado una noche con un galante capitán de barco?

Sin embargo, no era sólo su apellido lo que no era cierto. Daphne se removió incómoda, porque no había sido completamente sincera con el señor Dishforth. No había mencionado que no había terminado sus estudios. Ni lo mucho que odiaba Londres.

Pero era mejor no confesar ciertas cosas por carta.

Y, cielo santo, si todo el mundo fuera completamente sincero en el cortejo, nadie se casaría jamás.

Ensimismada como estaba en su ensoñación, Daphne no se dio cuenta de que lady Essex había regresado.

—Señorita Dale, pareces destrozada. —La anciana dama la estudió con sus penetrantes ojos azules—. Sigo diciendo que estás arrebatada. Señorita Manx, mi cajita de sales...

—Me encuentro muy bien —se apresuró a asegurarle.

—Seguramente sea por el calor que hace aquí —declaró lady Essex—. Un baile en julio... ¡A quién se le ocurre! ¿Creéis que ese Owle Park de Preston será tan asfixiante?

—No, lady Essex, en lo más mínimo —afirmó Tabitha—. Owle Park es muy agradable. Tiene habitaciones grandes y aireadas y una vista maravillosa del río.

—¿Un río? Eso es prometedor, siempre y cuando el calor no lo eche a perder —dijo—. Las jóvenes damas no están en su mejor momento cuando sudan por el calor. Éste destroza la buena seda.

Le lanzó a Daphne una mirada significativa, porque antes la dama había declarado que su seda roja era demasiado calurosa, la manera educada de lady Essex de decir «completamente inadecuada», y había sugerido una muselina más modesta para una velada tan cálida.

Pero Daphne ya había tomado una decisión. Iba a ir de rojo, y cuando tanto Tabitha como Harriet habían comentado lo guapa y cautivadora que estaba con su vestido nuevo, la anciana había transigido.

Porque si había algo que lady Essex deseaba para Harriet y Daphne, era que dieran una buena imagen. Se deleitaba atribuyéndose el mérito del compromiso de Tabitha con Preston, y ahora había puesto las miras en una jugada triple, pero sólo si conseguía unos partidos excelentes para Daphne y Harriet.

—Espero que seas atenta con los caballeros adecuados, Daphne Dale. Se acabó ese comportamiento estirado y exigente de antes —dijo lady Essex con claridad y probablemente lo suficientemente alto para

que medio salón la oyera—. Y no te preocupes por no tener dote. Los hombres tienden a ignorar esas cosas cuando una dama es tan fascinante como tú. Si yo hubiera tenido tu cabello y tus preciosos ojos, habría sido duquesa.

—¿Por eso rechazasteis al conde, lady Essex? —bromeó Tabitha—. ¿Estabais reservándoos para un duque?

—¡No todas somos tan afortunadas como tú, Tabitha! —declaró la dama—. ¡Una duquesa, ni más ni menos! La mujer de Preston, además. Los Seldon deben de estar sorprendidísimos de que Preston se case por fin. Y pensar que todas estaremos allí...

Daphne se estremeció, como le ocurría siempre que oía ese apellido. No había nada que pusiera más nervioso a un Dale que ese simple apellido.

Seldon.

No entendía por qué el resto de la sociedad inglesa no los veía igual.

—Daphne, podrías alegrarte por la felicidad de la señorita Timmons —la reprendió lady Essex.

—Oh, dilo —dijo Tabitha—. Desearías que no me casara con un Seldon.

—Sé que yo nunca me casaré así —afirmó Daphne diplomáticamente.

Se había resignado a la idea de que su querida amiga estaba locamente enamorada de Preston, y él de ella.

Si no fuera un Seldon...

—Daphne, ¿cuánto tiempo dura ya esa enemistad? ¿Un siglo? —dijo lady Essex.

En realidad, casi tres, pero Daphne no pensaba corregirla.

—¡Los Dale y los Seldon deberían perdonar y olvidar! —exclamó lady Essex—. Es muy tedioso. Además, Tabitha hace mucho mejor en casarse con Preston que con ese odioso Barkworth con el que su tío quería obligarla a desposarse.

¡Una enemistad tediosa! Daphne se alegró de que su madre no estuviera allí para oír tal cosa. Más aún, se alegró de que no estuviera

allí para ver a su única hija asistir al baile de un Seldon... contra sus expresos deseos.

—No temáis, lady Essex —dijo Tabitha, enlazando un brazo con el de Daphne y retomando su paseo por el salón—. Cuando yo esté casada, a Daphne no le quedará más remedio que enamorarse también de los Seldon.

—Tienes mucha razón —se mostró de acuerdo la dama—. Cuando asista a la fiesta en Owle Park y sea testigo de tu feliz matrimonio, toda esa tontería entre los Seldon y los Dale quedará olvidada. Porque, por entonces, ya habrá encontrado marido.

Owle Park. Daphne apartó la mirada. El simple hecho de oírlo la alteró. La casa de campo del duque de Preston. La sede familiar de los Seldon. Una casa que para los Dale era como un apéndice de Sodoma y Gomorra.

—¿Vas a venir a la fiesta en la casa? —preguntó Tabitha.

Lo que realmente quería decir era: «¿Vas a venir a mi boda?»

Daphne se quedó inmóvil. Sus padres, aunque estaban encantados de que Tabitha fuera a tener una unión tan ventajosa, seguían empeñados en no pasar dos semanas en territorio enemigo.

En una casa Seldon.

«En un lugar semejante», había dicho su madre, estremeciéndose violentamente.

No obstante, no habían sido tan descorteses para decirlo cuando Tabitha pudiera oírlo.

—He estado tratando el tema con mi madre —les dijo Daphne.

Aunque «tratar» no era la expresión correcta para describir la situación.

Cuando Daphne lo había mencionado, su madre se había ido directa a la cama, donde había pasado dos días enteros, llorando y sollozando, convencida de que llevar a su única hija, una hija soltera, a una fiesta en casa de un Seldon equivalía a enviarla a una casa de mala reputación.

Todo el mundo sabía que los Seldon practicaban el peor tipo posible de libertinaje, pero ¿en el campo? Alejados de los inquisidores

ojos de la sociedad, ¿quién sabía a qué clase de depravación se entregarían?

«Caeremos todos en deshonra. O algo peor», se había lamentado su madre con su compasivo marido.

Daphne no sabía qué quería decir ese «peor». Sólo esperaba que Tabitha no tuviera que lamentar entrar a formar parte de esa familia de mala fama, y sobre todo que no se arrepintiera de casarse con el infame duque. Ni de relacionarse con sus familiares... a los que ella, hasta el momento, había conseguido evitar.

—Por supuesto que va a venir a tu boda —afirmó lady Essex, y le tendió el abanico a la señorita Manx—. Daphne, si tu madre te ha permitido asistir al baile de compromiso, seguramente dejará a un lado sus prejuicios y te permitirá asistir a la fiesta en casa del duque. La mitad de la alta sociedad se muere por una invitación, y la otra mitad está rabiosa por no haber conseguido una. Tu madre no es tonta, Daphne.

Daphne quería decirle que era cierto, pero su madre era una Dale hasta la médula, tanto de nacimiento como por matrimonio. Su desdén por los Seldon no provenía de una vida entera de desconfianza, sino de generaciones de enemistad.

—Por lo menos, has venido esta noche —dijo Tabitha, sonriendo—. No te ha prohibido venir a mi baile de compromiso.

Daphne apretó los labios, porque su madre no le había dado exactamente permiso para asistir.

Más bien al contrario.

Por supuesto, ella había querido mantener la promesa que le había hecho a su madre cuando salió de Kempton hacia Londres con Tabitha de que no pasaría con los Seldon más tiempo del necesario.

Con la posibilidad de tener al señor Dishforth tan cerca, esa noche entraba en la categoría de «lo necesario».

Aunque significara tener que padecer un baile con el tío de Preston, lord Henry Seldon.

Oh, era una idea horrible.

—Estás pensando en lord Henry, ¿verdad? —preguntó Harriet, y le dio un ligero codazo.

—Por favor, no pongas esa cara cuando venga a buscarte —añadió Tabitha.

—No estaba pensando en lord Henry, y no estoy poniendo ninguna cara —mintió Daphne, y se obligó a sonreír.

—Lo estabas y lo hacías —afirmó Harriet, a quien no se le escapaba nada.

—Traidora —susurró Daphne.

—No es mi contienda —replicó Harriet, y se encogió de hombros.

Mientras tanto, Tabitha permanecía observándolas, con los brazos cruzados y dando golpecitos con el pie en el suelo, impaciente.

—¡Oh, ya está bien! —exclamó Daphne—. Sí, prometo que seré la dama más refinada y atenta de todo el salón cuando tenga que bailar con él.

—No entiendo por qué estás tan enfadada —dijo Harriet—. Por lo que dice Roxley, el tío de Preston es un tipo muy amable. Un poco aburrido, tal vez.

Lady Essex chasqueó la lengua con desaprobación.

—Y tú, Harriet, ¿qué haces escuchando a ese sobrino tan bribón que tengo? A sus opiniones casi nunca se les puede dar crédito. Y la señorita Timmons tiene razón: no puedes tener esa cara en el baile. Baila con lord Henry y zanja el asunto de una vez.

—¿Cuántas veces tengo que explicarlo? —Harriet resopló, exasperada—. Es un Seldon. Si mi familia se entera de que he bailado con él, de que he cenado con él...

Se interrumpió.

Cada vez que se imaginaba bailando con lord Henry, veía claramente que se abrían todas las Biblias de los Dale en Inglaterra y que tachaban en ellas su nombre con vehemencia.

En algunos casos, hasta romper el papel.

Su tía abuela Damaris encargaría de inmediato una nueva con otro linaje familiar.

Que no la incluyera a ella.

—Daphne, no sé lo que te pasa —la reprendió Tabitha—. Creí que Preston había llegado a gustarte.

—Oh, Preston parece haberse reformado —admitió ella—, pero creo que tiene que ver más con tu influencia, Tabitha, no con la naturaleza intrínseca de los Seldon.

—¿La naturaleza intrínseca de los Seldon? —Harriet arrugó la nariz—. Escúchate. Hablas como una esnob.

Daphne se sintió ofendida.

—No soy ninguna esnob, sino que tengo un amplio conocimiento sobre la historia familiar de los Seldon. Incluso lady Essex puede decirnos que la sangre llama.

Lady Essex apretó los labios con fuerza y frunció el ceño porque, aunque así lo creía, no pensaba admitirlo en ese momento. En lugar de eso, se concentró en registrar la estancia con la mirada, buscando a su anterior objetivo, lady Jersey.

—Aun así, debo preguntar por qué tengo que bailar con él.

Daphne apretó los dientes y los labios y esbozó una sonrisa tensa, aunque sólo fuera para parecer dispuesta a ello.

—Entre los Seldon es tradición —repitió Tabitha por cuarta vez— que todos los que vengan de parte del novio bailen con todos los que lo hagan de parte de la novia.

Harriet añadió rápidamente:

—Y tú lo vas a hacer porque Tabitha es una amiga muy querida. Y no permitiremos que su felicidad se vea empañada.

Sus palabras eran a la vez un recordatorio y una regañina.

—Podrías bailar tú con él —señaló Daphne.

¿Acaso Harriet no era tan amiga de Tabitha como ella?

—Ya te he dicho que le he prometido ese baile a otro hombre —contestó Harriet, y se cruzó de brazos—. Y sólo es un baile.

—No es sólo un baile —replicó Daphne. También estaba todo lo referente a la cena. Tenía que cenar con él—. Ambas sabéis que mi madre no lo aprobaría.

—Tu madre está en Kempton —señaló Harriet—. Y nosotras estamos en Londres.

—Cielo santo, Harriet —dijo lady Essex, con la vista fija en un punto al otro lado del salón—. ¡Ahí está lady Jersey! Y yo que pensaba que te lo habías inventado para impedir que le diera mis sales a Daphne. —Les lanzó una mirada significativa a las tres, advirtiéndoles que nada, absolutamente nada, se le escapaba, y añadió—: Vamos, Harriet, señorita Manx, aseguremos esas invitaciones para la temporada que viene... si es necesario.

De nuevo esa mirada afilada que decía explícitamente que preferiría que Harriet y Daphne se volcaran en la tarea de encontrar maridos dignos y dejaran de arrastrar los pies.

Tabitha suspiró.

—Me alegro tanto de haber conocido a Preston... Cielos, hablando de él, ahí está, acompañado de lady Juniper. Probablemente estén discutiendo sobre cómo sentar a los invitados. Otra vez.

Daphne miró en esa dirección y vio al futuro esposo de Tabitha acorralado por una dama elegantemente vestida de malva: la susodicha lady Juniper. La tía de Preston y la hermana de lord Henry.

Tabitha miró a Daphne. En sus ojos se reflejaba claramente lo que deseaba.

—Sí, sí, ve a salvarlo —le dijo Daphne a su amiga—. Yo estaré aquí, sana y salva.

—Si lo encuentras —contestó Tabitha, refiriéndose al señor Dishforth—, tráemelo de inmediato. —Movié el dedo índice delante de su amiga con un gesto de advertencia—. No te atrevas a enamorarte al instante y a huir con él antes de que le dé mi aprobación.

—Tabitha, soy demasiado sensata como para hacer eso. Te prometo que, cuando encuentre al señor Dishforth, no me escaparé con él. Se llevó una mano al corazón, sellando la promesa.

Satisfecha, Tabitha se apresuró a llevar a cabo su rescate y Daphne se dedicó a estudiar a todos los asistentes al baile de los Seldon. Probablemente, era la primera Dale que entraba en aquel lugar profano.

Por ahora, todo va bien, pensó, teniendo en cuenta que llevaba allí casi una hora y todavía no la habían deshonrado. Ni vendido a un harén de Oriente.

Tabitha había jurado y perjurado que no había nada fuera de lo normal en la residencia del duque de Preston. Sí, el salón rojo era un poco ostentoso, pero también era lo que cabía esperar de un enclave ducal.

Y Daphne tenía que admitir que, a simple vista, no quedaba nada del Club del Fuego Infernal* ni de ninguna otra organización dedicada al desenfreno.

Sospechaba que esas pruebas incriminatorias se ocultaban en el sótano.

Se hizo a sí misma una advertencia: no bajar a la bodega.

Sin embargo, teniendo en cuenta que lo había arriesgado todo para ir allí aquella noche, el sótano sería la menor de sus preocupaciones. Sobre todo si su familia descubría lo que había hecho.

En su defensa tenía que decir que había acudido al baile con la intención más noble. Porque *él* iba a estar allí. Su señor Dishforth.

Y, tras aquella noche, la suya ya no sería sólo una aventura amorosa basada en las cartas.

Oh, ella sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Levantaría la vista y sus miradas se encontrarían. Él le sonreiría. Le dedicaría una amplia sonrisa de deleite por haberla encontrado.

Y en ese momento mágico ambos sabrían que habían encontrado a la pareja perfecta.

Dishforth iría vestido con elegancia y buen juicio. No con cascadas y montones de encaje, simplemente con una chaqueta de impoluto corte Weston, un excelente pañuelo blanco de cuello con un sencillo pero escrupuloso nudo Mailcoach, y sería muy apuesto. Tal vez incluso más apuesto que Preston.

Oh, sí, le había concedido aquello a un Seldon. Preston era un demonio muy atractivo. Todos los hombres de su familia tenían fama de serlo.

* El Club del Fuego Infernal fue una sociedad elitista hedonista de la Inglaterra del siglo XVIII, fundada por Phillip, duque de Wharton. El club operó entre 1749 y 1766 y aglutinó a gran cantidad de destacadas figuras tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

Daphne suspiró. Si el señor Dishforth fuera sólo la mitad de apuesto...

Entonces levantó la mirada y se dijo que aquello era simplemente un sueño ridículo y caprichoso.

Y era sólo eso, un capricho tonto, hasta que miró al otro lado del salón y ocurrió exactamente lo que pensaba que debía ocurrir.

—Oh, aquí estás —dijo el conde de Roxley cuando Henry intentó entrar discretamente en el salón de baile.

Normalmente llegaba pronto a los eventos sociales, pero esa noche se había retrasado. Y era el baile de compromiso de Preston, nada menos.

Hen se iba a poner furiosa con él.

Y el conde no estaba ayudando a que su entrada fuera discreta.

—Ah, hola, Roxley —dijo Henry.

No le tenía demasiado aprecio al molesto amigo de Preston, porque nunca podía llegar a comprenderlo del todo. Y ahí estaba, comportándose como si hubieran sido amigos desde niños. Como Preston se iba a casar, probablemente el conde estuviera buscando a un nuevo compañero con el que seguir haciendo travesuras en sociedad.

Henry se estremeció al pensarlo y estaba a punto de excusarse cuando vio al conde con otra luz.

Un hombre de mundo.

Cielo santo, Roxley era el hombre perfecto para ayudarlo, porque era una fuente de información en lo que se refería a la alta sociedad, sobre todo en lo relacionado con las damas.

En especial, para encontrar a una.

Así que Henry se animó un poco. Después de todo, Roxley y Preston habían puesto ese maldito anuncio; ahora Roxley podría ayudarlo a zanjar el asunto. Era irónico y apropiado.

—Me alegro de volver a verte —dijo Henry, intentando sonreír.

—Por supuesto —contestó el conde, y le dio una palmada en la

espalda, como si ésa fuera su forma de saludarse—. ¿Me he perdido algo?

—No sabría decirte —respondió Henry—. Acabo de llegar.

—¿Tú? —preguntó Roxley, mirando a Henry con atención—. No es propio de ti.

Cierto. Últimamente estaba haciendo muchas cosas que no eran propias de él. Por ella. La señorita Spooner.

El conde siguió diciendo:

—Preston mencionó que últimamente te has estado ocultando. Me pidió que te echara un ojo.

—¿A mí? —Henry negó con la cabeza—. Yo nunca me escondo.

—Eso le dije a Preston —afirmó Roxley—. Pero aquí estás, acechando desde los rincones de tu propio salón. Si no te conociera mejor, diría que estás buscando a alguien.

¡Oh, santo Dios! ¿Era tan evidente? Aun así, Henry intentó no avergonzarse.

—¿Por qué dices eso?

Entonces, Roxley, que normalmente parecía medio atontado y hacía cosas insensatas, lo miró con atención y fijeza, como esa arpía que tenía por tía, lady Essex.

—Porque has mirado hacia la puerta tres veces en pocos minutos, y has inspeccionado la zona de baile en dos ocasiones. ¿Quién es ella?

—Nadie. Debes de estar...

—Querido amigo, no intentes despistarme. Me gano la vida engañando a los porteros de los clubes. ¿Quién es ella?

Y se quedó ahí parado, dispuesto a escuchar su confesión.

Henry apretó los labios, porque no le había contado absolutamente a nadie lo que había hecho: contestar a la carta y entablar correspondencia con una mujer de nombre ridículo, la señorita Spooner. Esperaba que no fuera su apellido real.

Tampoco pensaba hacerle ninguna confesión a Roxley. Aunque aquella noche había algo diferente en el conde. Tal vez fuera que no había llegado envuelto en una nube de brandy, y su mirada era clara y perspicaz.

—Yo... es decir... —empezó a decir Henry.

Roxley levantó una mano para hacerlo callar.

—Tendremos que esperar. Ahí está mi tía. Viene navegando a toda vela, con lady Jersey en su estela. —Se estremeció—. Si ese par me coge, estoy perdido. —Se escabulló hacia la habitación que tenían detrás y abrió la puerta que daba a los jardines lo justo para poder pasar—. Buena suerte con tu búsqueda. Me temo que en estos momentos debo salir.

Hizo ademán de marcharse, pero se dio la vuelta y añadió:

—Permíteme un consejo: fuera lo que fuera lo que ibas a contarme, no se lo digas a tu hermana.

Señaló con la cabeza hacia un lado y se marchó.

Henry miró en esa dirección y vio a Hen y a Preston enzarzados en lo que parecía ser una conversación tensa. Seguramente sería la continuación del debate que él mismo había interrumpido esa misma mañana. Lo recordó una vez más, pero seguía sin creerse que su familia deseara eso de él.

—Preston, la única solución es asegurarse de que él no la vea. No ahora.

Hen había levantado la mirada, había visto a Henry en el umbral y había cerrado la boca de golpe.

—¿Quién no tiene que ver a quién? —había preguntado él.

Hen se encogió, pero se recuperó rápidamente e intercambió una mirada con Preston que decía claramente: «No digas nada más».

¿Por qué, cuando Hen conspiraba, parecía olvidar que eran gemelos y que, por tanto, él conocía todos sus trucos? Henry no tenía ninguna duda sobre cuál era una de las partes a las que querían mantener separadas.

Él.

Pero ¿de quién estaba intentando mantenerlo alejado Hen? Por lo general, su hermana no dejaba de ponerle delante a todo tipo de debutantes y señoritas de buena cuna para que él les diera su aprobación.

¿Y ahora había una mujer a quien no quería que conociera? Habría conseguido despertarle la curiosidad de no ser porque estaba decidido a descubrir la identidad de la señorita Spooner. Aun así, no le haría ningún bien dejar que Hen pensara que se había salido con la suya.

Esa vez no.

—Vamos, Hen, ¿estás diciendo que una hermosa incógnita va a venir a nuestra casa esta noche y que no quieres que esté con ella?

Le guiñó un ojo a Preston.

—Nada de eso —contestó Hen.

Henry entornó los ojos al ver que Preston y Hen intercambiaban una mirada de culpabilidad.

—Soltadlo ya —les dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Ya sabéis que odio las sorpresas.

—Díselo tú —le ordenó Hen a Preston.

Como era la mayor, porque había nacido minutos antes que Henry, creía que tenía derecho a delegar en otro las cosas peores.

—¿Yo? —Preston sacudió la cabeza, dejando clara su posición como cabeza de familia—. Lo recibirá mejor viniendo de ti.

Hen no se dejaba convencer tan fácilmente y tenía sus argumentos preparados. Los esgrimió a la vez que escapaba literalmente cruzando la habitación hacia el aparador.

—No será bueno de ninguna de las maneras. Además, ella es responsabilidad tuya. Mía no, desde luego.

Hen se sorbió la nariz, lo que hacía siempre que se daba cuenta de que estaba en una posición desfavorable. Era la hija de un duque y no se bajaba fácilmente de su pedestal.

Henry se dirigió a Preston con el ceño fruncido, esperando una respuesta.

Preston cuadró los hombros y lo soltó:

—Una de nuestras invitadas de esta noche es una Dale.

Henry dejó escapar una carcajada. ¡Una Dale! Era completamente absurdo. Y siguió riéndose hasta que vio que ni su sobrino ni su hermana lo imitaban.

—Estás bromeando —le dijo a Preston, y le dio un suave puñetazo en el brazo.

Tenía que estar de broma.

Preston suspiró.

—No.

No había nada en su pétrea expresión que sugiriera que se trataba de un chiste.

Porque no era algo que un Seldon encontrara divertido.

—Pero no puede... —empezó a decir Henry.

—Pues sí.

—¿Aquí? ¿Esta noche? ¿Estáis seguros de que es una...?

Henry no pudo terminar de decirlo. No fue capaz de pronunciar ese apellido tan mezquino.

Hen no sentía tantos remordimientos y dijo:

—Una Dale. Sí, de eso se trata. Vamos a tener a una Dale entre nosotros y, por lo que parece, vamos a tener que acostumbrarnos.

Terminó de decirlo arrugando la nariz y mirando a Preston de manera mordaz, lo que significaba que la culpa era enteramente suya.

—Eso es una sandez —les dijo Henry—. No la dejéis entrar.

Además, no podía creer que esa mujer se atreviera a poner un pie en su casa.

Sería una Dale, pero tanto los Seldon como los Dale sabían que era mejor no mezclarse.

Sin embargo, Preston lo sorprendió al responder:

—Me temo que no es tan sencillo. Estoy ligeramente en deuda con la señorita Dale.

Henry se quedó helado.

—¿En deuda? Ahora sí que estás bromeando...

—En absoluto —contestó Preston con énfasis.

Tal vez demasiado.

—Es como Preston dice —añadió Hen—. Una situación de lo más desafortunada. —Se giró hacia Preston—. Me alegro de que padre no esté aquí para presenciar este día. ¡Invitar a una Dale a nuestra casa! Impensable.

De esas palabras, hubo una que destacó en la mente de Henry.
¿Invitar?

—¿No querréis decir...? —empezó a preguntar.

—Sí, me temo que sí —replicó Hen con la expresión de alguien que acababa de pisar algo indeseable al bajar de su calesa—. Preston insistió en que la invitáramos al baile de esta noche y... —Parecía estar intentando tragar las palabras que se le habían quedado atascadas en la garganta. Pero las pronunció rápidamente—. Y a la fiesta en la casa.

—¡Nooooo! —exclamó Henry, volviéndose hacia el duque. Por mucho que fuera el cabeza de familia, aquello era totalmente inaceptable—. Preston, no puedes...

Pero, por lo que parecía, sí que podía. Y entonces salió atropelladamente el resto de la verdad. Que era una amiga muy querida de Tabitha... y eso que Henry había pensado que la hija del vicario era bastante respetable. Pero era peor saber que esa Dale malcriada iba a estar al lado de Tabitha en la boda.

—Lo que significa... —empezó a decir Preston, y le lanzó a Hen otra mirada de culpabilidad.

Como si ella pudiera ayudarlo. En lugar de eso, Hen se aclaró la garganta audiblemente y se lavó las manos con respecto al asunto.

—Que tengo que bailar con ella —gruñó Henry.

Oh, había muchas cosas que Henry no era, al menos a ojos de sus parientes Seldon, y un sinvergüenza era una de ellas, pero sí era un experto en la historia familiar y en sus tradiciones.

Y ahora en el baile, horas después, sabía que el honor lo obligaba a hacer lo que le habían pedido.

Eso no significaba que tuviera que gustarle.

Miró a Preston y a Hen, que estaban al otro lado de la estancia, y frunció el ceño. No tenía otra opción que bailar con esa señorita Dale. Pero por suerte, aún disponía de dos horas para encontrar a su señorita Spooner. Sus recientes palabras lo atraieron hacia la multitud para empezar su búsqueda.

¿Alguna vez paseará la mirada por una estancia y se preguntará si estoy allí, tan cerca, aunque no me vea?

Henry se detuvo para mirar las caras de la triste selección de mujeres que estaban alineadas contra las paredes del salón, pero ninguna de ellas parecía encajar con la imagen mental que se había formado.

Señorita Spooner, ¿dónde diablos está?, pensó mientras se abría paso entre los invitados, recordando las palabras de ella.

¿Cree que alguna vez nos conoceremos? ¿Nos atreveremos? Señor Dishforth, anhelo conocerlo y, sin embargo... temo decepcionarlo...

Sí, entendía esa sensación. Porque aunque su correspondencia había tenido una naturaleza sensata: los libros favoritos, los gustos musicales, las actuales ideas políticas, había sido fácil postergar un encuentro cara a cara. Por lo que Henry sabía, podía estar escribiéndose con una de las tías solteronas de Roxley... o con el propio Roxley, teniendo en cuenta el perverso sentido del humor del conde.

Sin embargo, en la última semana todo había dado un giro inesperado.

Un giro que no podía definirse como sensato.

Anoche permanecí despierto, preguntándome cómo nos podríamos conocer.

Lo había dicho simplemente como un comentario, hasta que ella contestó:

Yo también. En las horas de la madrugada antes del alba, me descubrí acercándome a la ventana, apartando las cortinas y preguntándome cuál sería su tejado. Bajo qué alero dormiría usted. Dónde podría encontrarlo...

La imagen de aquella mujer atrevida buscándolo durante las últimas horas de oscuridad le había hecho pasar una noche de lo más inquieta.

Le había escrito expresamente que asistiría a aquel baile. Que quería verla vestida de rojo, porque ella había afirmado que era su color preferido, y que la encontraría.

Volvió a mirar a Preston, a quien Hen tenía apresado en la conversación, y decidió no rescatar a su sobrino después de todo. En lugar de eso, comenzó a buscar a la señorita Spooner.

Si la encontraba antes del baile de la cena, esa despreciable señorita Dale podía quedarse colgada en lo que a él refería. Ya hubiera tradición o no.

Lo único que tenía que hacer era esperar que la señorita Spooner, fuera cual fuera su verdadero nombre, hubiera sido invitada, aunque parecía que todos los miembros de la alta sociedad que aún estaban en Londres se encontraban apiñados en su salón de baile.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su búsqueda tal vez no fuera tan sencilla como había pensado. Porque, al parecer, la mitad de las damas de la alta sociedad habían decidido vestir de rojo.

Muselina roja. Seda roja. Incluso terciopelo rojo. Rojo en todas sus tonalidades.

—¡Santo Dios! —dijo.

¿Cómo iba a saber él que el rojo era el color más popular aquella temporada? Eso era lo que ocurría al tener una hermana que estaba constantemente de luto. Los únicos colores de moda que él veía eran el negro, el gris y la actual elección de malva de Hen.

Siguió recorriendo la habitación, saludando con la cabeza a amigos y conocidos, pensando divertido que, menos de un mes antes, casi todos los que estaban en esa habitación le habían dado la espalda a la familia Seldon debido al comportamiento inmoral de Preston.

Ahora, el compromiso del duque con la respetable señorita Timmons había borrado años de fechorías a ojos de la sociedad.

Henry negó con la cabeza. Nunca había comprendido la naturaleza caprichosa de...

No pudo terminar ese pensamiento porque, en ese momento, la multitud se apartó y su vista recayó sobre una joven dama, una visión espectacular desconocida en seda roja, una melena rubia cayéndole sobre los hombros desnudos en una tentadora cascada de rizos.

Entonces, esa visión desconocida se dio la vuelta, como si él hubiera tirado de ella, y lo miró.

Ella abrió un poco más los ojos por la sorpresa, sólo un poco, y sonrió. Sonrió levemente, pero él se sintió como si lo hubieran arponeado, dejándolo clavado en el sitio, mientras las inolvidables líneas de una de las últimas cartas de la señorita Spooner resonaban en su mente:

Señor Dishforth, sus palabras y sus deseos me han tomado por sorpresa. No sé qué decir. Pero cuando nos conozcamos, no tengo ninguna duda de que encontraré las palabras para expresarle mi afecto.

Henry intentó respirar pero, aparentemente, cuando uno encuentra su destino, dejaba de respirar.

¡Santo Dios! Tenía que ser ella. La señorita Spooner.

No podía decir por qué lo sabía, pero lo sabía. Su escurridiza pequeña descarada, con sus respuestas mordaces y sus secretos encantadores estaba allí. Al otro lado del salón.

Práctico hasta la médula, a Henry no le importaba cómo lo había hecho el destino, sólo que lo había hecho, y no iba a permitir que algo tan etéreo como el azar o la casualidad la apartara de él.

Lord Henry, el Seldon más respetable y sensato de todos los tiempos, descubrió de repente a su libertino interior y atravesó la estancia a grandes zancadas.

Sin embargo, una cosa era descubrir que podía ser un libertino y, otra muy distinta, ponerlo en práctica.

Porque no tenía ni idea de qué decir cuando se encontrara cara a cara con ella.

¿Y si no se trataba de la señorita Spooner? No pensaba ponerse en ridículo.

Pero ¿y si era ella?

Solamente había una manera de averiguarlo.

Así que, dejando a un lado el decoro y los buenos modales, hizo una reverencia. Y cuando se incorporó, dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Me concede este baile?